

Bruno Vieira Amaral

Las primeras cosas

TRADUCCIÓN DE JUAN RAMÓN SANTOS



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

 LA UMBRÍA Y LA SOLANA

As primeiras cosas
Quetzal Editores, 2013

Primera edición: noviembre de 2022

© Bruno Vieira Amaral

© de la traducción del texto, Juan Ramón Santos

© de la cubierta, Carlos Rosa Ferreira

Edición © La Umbría y la Solana, 2022

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-124729-7-4

Depósito legal: M-23524-2022

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

**CAMÕES**
INSTITUTO
DA COOPERAÇÃO
E DA LÍNGUA
PORTUGAL
MINISTÉRIO DOS NEGÓCIOS ESTRANGEIROS

REPÚBLICA
PORTUGUESA
CULTURA
DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DA BIBLIOTECA

Obra publicada con apoyo de Camoes I.P y de la DGLAB/Cultura - PORTUGAL.
Obra publicada com o apoio do Camões I.P. e da DGLAB/Cultura - PORTUGAL.

«A mí, lo único que ahora me preocupa es recordar
con todo detalle lo que hice mañana y olvidar para
siempre lo que haré ayer».

Juan MARSÉ, *El embrujo de Shanghai*

«Por toda Hiroshima, las paredes y otras estructuras
que quedaron en pie conservaron sombras de personas
o de objetos. Todas en dirección al resplandor de luz.
La creación de esas imágenes es semejante a la marca
que deja en el brazo un reloj después de un día
al sol en la playa».

Charles PELLEGRINO, *El último tren de Hiroshima*

Prólogo



Cuando, a finales de los noventa, le di la espalda al Barrio Amélia, con sus tenderos de gente enfermiza, la banda sonora incesante de sus miserias, nunca pensé que la vida me devolvería al punto de partida. Aquel último día, mientras miraba por la ventanilla del coche, sentí una ola de orgullo arrastrarse por mi pecho, una sensación de triunfo. Daba para un hermoso *travelling*. Creo recordar que en la radio sonaba un movimiento de la *Suite Bergamasque*, aunque no podría jurarlo. La memoria me traiciona. La suerte de los que se quedaban allí me era indiferente. Había crecido con la idea de que los únicos que no podían salir de allí eran los derrotados, los vagabundos y los infelices, personas que se confundían con el paisaje, las farolas con los globos rotos, las porterías oxidadas de Arregaça, las paredes cochambrosas los bancos astillados de los parques. Estas enseñanzas me habían sido inoculadas sin especial celo por mi familia, transmitidas casi como un ruido de fondo que acaba por integrarse en nuestro pensamiento, el rumor que se oye cuando todo está en silencio. Salí al mundo convencido de que iba a vencer y regresé, cabizbajo, con el peso de mi fracaso. Los detalles de mi hundimiento no son necesarios. Tan solo diré que la caída no fue tan espectacular como para hacerme creer en el destino, ni tan imperceptible que no me avergonzase. Fue un fracaso ordinario, que me marcó. Al final

ni siquiera tuve derecho a una depresión, a un balcón desde el que disfrutar de la contemplación pantanosa de una vida llena de astillas. Hubo incluso un momento patético que, a esta distancia, veo como ilustrativo remate de aquellos tiempos no demasiado turbulentos. El día que me marché de casa poniendo fin a una vida en común de ocho años, encontré en el cubo de la basura el ejemplar de *Los versos del capitán*, de Pablo Neruda, que hacía mucho tiempo, enamorado y previsible, le había regalado a Sara. No sé si lo llegó a leer (en uno de aquellos arrebatos románticos que, en ocasiones anteriores, me habían llevado a recitar un insidioso soneto de Camilo Pessanha con el Tajo de fondo, es posible que le haya leído uno de aquellos poemas recostado en sus muslos desnudos, besándole los senos, hijos gemelos de la gacela), pero, aunque no hubiese sido así, la visión de aquel libro tirado en la basura me transportó hasta el interior de una canción de Chico Buarque. Este acontecimiento menor me ahorró meses de psicólogos y ansiolíticos. Digan lo que digan, encontrar consuelo en el arte es un sustituto razonable de la religión.

Mi madre me acogió con un impecable sentido de la responsabilidad y con el sentimiento de mal disfrazada incomodidad de quien recibe un regalo que no le gusta o no necesita. Se resignó. Entonces le reproché en mi interior haberme recibido así. Estamos convencidos de que las madres católicas sufren mucho cuando los hijos varones se marchan de casa, y de que están siempre deseosas de un regreso al que contribuyen con pequeñas artimañas, censuras a las nueras y otras armas del arsenal de la madre latina. Pero la madre portuguesa es capaz de grandes crueldades protestantes, de un desprendimiento que, por inesperado

y por un tanto ajeno a su naturaleza, es de muy difícil digestión. Sin embargo, hoy lo sé, mi madre sufría con aquel revés en mi vida, y no quería que el exceso de mimos la convirtiese en cómplice moral de mi derrota.

Así fue como me encontré de regreso en el Barrio Amé-
lia: desempleado, desamparado, un poco huérfano, de vuel-
ta al lugar feliz de unas vacaciones lejanas para encontrar
tan solo el mismo escenario físico¹ sin ninguna de las razo-
nes inmateriales de la felicidad de otra época². Mis amigos
ya no estaban allí, las personas que amé habían muerto, la
edad no me permitía volver a los lugares queridos –la es-
cuela primaria, el parque, el campo de fútbol, el balcón de
mi casa fustigado por el sol de las tres de la tarde– sin sentir
que mi cuerpo era demasiado grande para el tamaño que
esos espacios tenían en mi memoria, que yo era demasiado
joven para la comodidad de la nostalgia, demasiado viejo
para volver a vivir sin culpa ciertas alegrías de mi niñez. Es
verdad que había vuelto al barrio varias veces, a visitar a mi
madre, al funeral de Fernando, a votar en la antigua aula en

-
1. Para quien vive siempre en el mismo lugar, las alteraciones son casi imperceptibles y es como si nada hubiese cambiado. Incluso la construcción de un edificio grande, como el del mercado, surge como un desarrollo orgánico. Para quien se aleja por un período más o menos largo, el regreso aumenta el grado de novedad de esos cambios. Para mí, el mercado había aparecido de la nada, implantado de repente en el paisaje.
 2. De esa felicidad distante quedan escasos vestigios materia-
les: dos fotografías estivales, un cochecito Matchbox, un libro
ilustrado, un pino que servía como poste de portería pequeña
y que había alcanzado una dimensión admirable pero inhu-
mana.

la que escribí una redacción imberbe diciendo que el amor no tiene definición, y que, en esos breves regresos, era a mí mismo y al hombre en el que me había transformado, y no al lugar de mi infancia, al que contemplaba, ingenuamente satisfecho de mi trayecto.

Regresar así fue una especie de rendición, un alto el fuego forzado. Una historia que siempre me ha fascinado es la de la derrota de los japoneses en la II Guerra Mundial, sobre todo la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. El origen de esta fascinación tal vez resida en la forma en que tuve conocimiento de ella. Una de nuestras vecinas, doña Ilda, repartía con fervor la propaganda religiosa de los Testigos de Jehová. Los nombres de las publicaciones eran un tanto medievales: *La Atalaya* y *iDespertad!* Esta última abordaba temas de interés general que solo al final eran sometidos a una conveniente lectura religiosa. Fue en una de aquellas revistas donde leí por primera vez sobre el naufragio del Titanic, el sida o la bomba de Hiroshima.

Me especialicé en catástrofes. A los siete años, sin saberlo, era un milenarista, deslumbrado por la idea del fin del mundo. Releí las revistas. Me emocionaban siempre. Tenían la cadencia narrativa de las películas de catástrofes: el día limpio, los niños camino de la escuela, la partida del puerto de Southampton el día 10 de abril de 1912, el mar tranquilo, el clima festivo de sexualidad desenfrenada, después las primeras nubes en el horizonte, los indicios de la desgracia, el choque con el iceberg, el resplandor mortal, las primeras víctimas de la entonces llamada plaga gay. Cuando nos damos cuenta estamos ante una tragedia de proporciones inimaginables. Se suceden la investigación, las causas, *Ground Zero*, paciente cero. Me demoraba en

los preámbulos. Quería que la tensión permaneciese en ese punto en el que aún era posible dar marcha atrás: las pequeñas historias de los pasajeros del Titanic —la señora que no quiso abandonar su compartimento, la banda tocando mientras el navío se hundía—, de los homosexuales de San Francisco, de la vida de los habitantes de Hiroshima la víspera de la explosión —por ejemplo, la del padre que tendría que lamentar para siempre no haberle dado arroz a su hijo en la última comida—. Para mí, la historia perdía esa amargura que la distinguía cuando comenzaba el párrafo en el que la tragedia se anunciaba o se consumaba. Al final llegaban las conclusiones y las enseñanzas morales, finales obvios que me desagradaban. Tan centradas en la idea de fin, las religiones forman ejércitos de seres humanos impresionables, sensibles a las imágenes de catástrofes, a las historias de cataclismos.

Desarrollé una sensibilidad apocalíptica. De ahí mi obsesión por la derrota de los japoneses tras la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. Comparo el efecto íntimo de ciertas derrotas personales con lo que los japoneses, como pueblo, sentirían cuando vieron al divino emperador juntarse con los mortales y agitar la bandera blanca de la capitulación. La analogía no es totalmente exacta, porque, bien visto, las miradas escrutadoras y rapaces de los otros, con su curiosidad un tanto malévola, son jueces más severos que cualquier tribunal internacional o que la propia justicia de las naciones. ¿Qué es para un hombre la vergüenza abstracta de un país comparada con su vergüenza personal, con los dolores silenciosos de su humillación? En el gran plano de la Historia, el sufrimiento está sobrevalorado, por ser colectivo y estar diluido en la multitud. En el plano cerrado

del individuo, las angustias tienen que ser digeridas en frío, en soledad, sin que nadie nos pueda ayudar.

Una mañana, algún tiempo después de mi regreso al barrio, salí a comprar el pan con idea de tomarme un café y comprar tacos y tornillos para poner en mi cuarto unas estanterías, que necesitaba para colocar decenas de libros y DVDs, los únicos despojos que quedaban de mi separación. Fue la primera vez que me enfrenté a aquel universo que, en parte, ya no conocía.

Los chavales que paseaban por la calle aún no habían nacido cuando yo me marché del barrio, algunas tiendas habían cerrado, otras habían cambiado de dueño, habían asfaltado calles e inaugurado un moderno y funcional mercado, casi todas las terrazas habían sido cubiertas con cierres de aluminio. Reconocí a algunas personas, más viejas, más cansadas, que conocía de vista, lo que me hizo sentir más a gusto, como si aquellos rostros significasen permanencia, un vínculo con lo que yo había sido sin que, a pesar de eso, me pudiesen juzgar, porque no me conocían o no se acordaban de mí. Eran como estatuas, nombres de calles, árboles, recuerdos permanentes de otro tiempo. Agradecí que aún existiesen. No podía hablar con ellas porque me encontraba en un estado de encantamiento, un sonámbulo vagando por las calles del barrio, un ser fuera del tiempo y fuera de sí, usando una ropa que ya no le quedaba bien, usando una persona que ya no le quedaba bien.

Entré en un café que había sido remodelado durante mi ausencia. Los antiguos dueños eran una pareja de bichos tímidos que se sorprendían mucho, hasta el borde de la indignación, cuando un cliente les pedía algo más que un café y un vaso de agua. Me sentí anónimo, casi invisible. El

café estaba clínicamente limpio, con todos los avisos legales sobre consumo y venta de bebidas alcohólicas puestos en los sitios adecuados, multitud de cuartillas con registros de temperaturas y limpiezas según lo exigido por las normas, las paredes pintadas en tonos cálidos, mesas y sillas imitación caoba, un mueble para el pan, una iluminación simpática, amable, en fin, todo sin la gracia anticuada de los viejos cafés de barrio. Ahora era un «espacio» y, peor aún, «moderno». Una tristeza. No conocía a la chica que me atendió, pero era como si nos hubiésemos cruzado hacía mucho tiempo o, como dicen las personas que solo leen revistas de trivialidades, como si la conociese de otra vida. No quiero introducir una nota sobrenatural. Tenía un rostro común. Me recordaba a alguien. Lo único que no sabía era si era a una actriz de cine o televisión, a alguien a quien había conocido en la vida real o a una aparición en un sueño. Esta incertidumbre era fuente de ánimo y de inquietud, porque más que cualquier otra cosa, me atemorizaba la idea de un pasado común y terrible. Simpática, el pelo rizado y la sonrisa espontánea provocaron un estremecimiento en mis sentidos que atribuí a mi vulnerabilidad temporal, estacional, como un adolescente a quien le impresiona la belleza de una chica que viene de fuera y que solo por eso se vuelve apetecible. Saboreé el café, prolongué el placer, cogí el periódico.

Como todo el mundo sabe, en lo relativo a la adquisición de periódicos, los cafés se rigen por un decreto imaginario que los obliga a poner a disposición de los clientes el *Correio da Manhã** y un periódico deportivo. Leí algunas noticias sin interés. Lo único que me llamó la atención fue un breve en la última página sobre una víctima más de ac-

cidente de tractor. Esa vez había sido en Penacova, distrito de Coímbra, donde, por cierto, había estado hacía muchos años o, al menos, tenía la impresión de haber estado³. Un sexagenario se había quedado atrapado debajo de su vehículo y, a pesar de haber sido socorrido enseguida por el INEM*, había entrado cadáver en el Hospital de Coímbra. Era un fenómeno al que había empezado a prestar atención hacía poco, el de los accidentes mortales con tractores. Según mis cuentas, en los últimos dos meses era el octavo o noveno de ese tipo que recogía el periódico. No era el equivalente a una guerra civil en las carreteras, más bien una pequeña insurrección armada en el campo. Para nada perturbado por esa tétrica contabilidad, salí del café, en la mano la bolsa con cuatro bollos de pan poco cocidos.

Al recorrer las calles fui descubriendo cosas alucinantes que sucedían allí mismo desde siempre, disfrazadas bajo la tenue máscara de la normalidad: un viudo que, después de jubilarse, se pasaba las tardes sentado en el coche,

3. De pequeño era cruel con la gente que no conseguía contar los sucesos con precisión, que discutían sobre el año en que había sucedido una tragedia personal. Me parecía un descuido inaceptable respecto a su propia vida. No tuve que llegar a una edad muy avanzada para que las dudas me comenzasen a asaltar: fechas, lugares, personas, todo se mezclaba en mi cabeza en un lodo de confusión y olvido. Ni siquiera sé decir si estuve alguna vez en Penacova, si fue algún amigo el que pasó sus vacaciones en Penacova, si Penacova era el pueblo natal de alguna de mis vecinas. El último censo dice que Penacova es una pequeña ciudad del distrito de Coímbra con 15.251 habitantes, pero no me aclara si estuve alguna vez allí. Estos son los límites de la sociedad de la información.